

no nuestro! ¿Quién ha puesto sus manos sacrílegas en tu sagrado cuerpo? ¿Quién lo ha mutilado con tanta crueldad? ¡Ah! ¡Tú no eres aquel jóven hermoso, cuyas miradas hendian los corazones; tus ojos se hallan eclipsados con las sombras de la muerte; tu frente, más serena que el cielo estrellado, está toda taladrada; tus cabellos de oro no son sino grupos de sangre cuajada; desaparecieron tus mejillas, y tus lábios, que destilaban miel y suavidad, ya no son sino sanguíneos y lívidos! ¡Oh pecho y espaldas, santuario de la Divinidad! ¿Quién os ha desgarrado? ¡Oh manos que fabricásteis los cielos! ¿Quién os ha horadado? ¡Oh piés que tanto os fatigásteis en buscar al pecador! ¿Quién os ha sujetado á este patíbulo? ¿Quién os ha rasgado? ¡Oh clavos, oh espinas, oh martillo, oh sayones crueles! ¡Qué! ¿No os amansaba la mansedumbre con que nuestro Jesus os recibia? ¡Qué! ¿No temblábais al clavar y martillar estas carnes inocentes? ¿Dónde has estado, amable Jesus? ¡Cuánta sangre os baña! ¡Cuántas heridas has recibido! Pisaste el lagar de la ira de Dios, y nadie te ayudó en tus trabajos y fatigas. ¿Cómo viviremos nosotros si Tú estás muerto? ¿Cómo nos instruiremos si Tú no hablas? ¡Ah, dulce Jesus! Esta Cruz es un patíbulo, pero nosotros lo adoramos; esta Cruz es cruz de ignominias y afrentas, pero nosotros la abrazamos; esta Cruz es nuestra divisa para resistir al enemigo y vencerlo; te juramos un amor eterno; te prometemos no desertar jamás de esta bandera; iremos siempre marcados con esta señal; defiéndenos, pues; conforta nuestra debilidad, anima nuestra pusilanimidad, sé nuestro amparo en la vida, y haz que en la muerte exhalemos nuestro espíritu entre los abrazos y ósculos de esta Cruz, para triunfar contigo en la gloria. Amen.

## SERMON.

DEL

### DESCENDIMIENTO Y SEPULTURA DE JESUCRISTO.

(PARA EL VIÉRNES SANTO.)

*Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion.*

Colocó su asiento en la paz, y su habitacion en Sion.

(PSALM. LXXV, VERS. 2.)

Gloriábase Jerusalem, como se glorían los vencedores cuando, concluida y ganada la batalla, se reparten los despojos; resonaban en su recinto las voces de alegría como si hubiesen aquel dia pulverizado algun ejército aguerrido que hubiera pretendido asaltar sus muros para despojarla de sus riquezas y oscurecer sus glorias. ¿Y por qué se gloria? Se gloria, porque ha muerto como un malvado el gran Profeta que por tres años la habia amaestrado con palabras de paz y de mansedumbre; se gloria, porque Jesus espiró en la Cruz, cubierto de todas las maldiciones que la ley fulmina contra los blasfemos; da voces de alegría y de parabien, porque ha desaparecido de un modo inesperado el que condenaba sus vicios y reprochaba sus crímenes, predicando la virtud con sus palabras y ejemplos. ¡Infeliz Jerusalem! Está como embriagada con el vino de su furor, y ni ella misma sabe cómo ha sucedido un cambio tan repentino en sus moradores; ella misma no puede comprender cómo Jesus, recibido cinco dias ántes entre aplausos y triunfos, aclamado por hijo de David y redentor de Israel, haya sido crucificado por

aquellos mismos que tantas demostraciones hicieran de amor y veneracion. Espiró Jesus, es verdad; el pontificado y la magistratura hebreos lo han condenado á la ignominia y lo han tratado como á un sedicioso y asesino, como á un enemigo de la Religion y de la república; pero entre tanto Jesus tiene ya fijado su asiento en la paz, y su habitacion es en la santa Sion, á donde no puede llegar el furor de los enemigos: *Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion.*

Pocas han sido las horas que el Justo ha pasado entre las manos de aquellos malvados que lo han escarnecido y baldonado, crucificado y muerto; en ellas Jesus les ha permitido que mesasen sus cabellos, que escupiesen su rostro, que cubriesen sus ojos, que hiriesen sus mejillas, que lo azotasen y atraillasen como al más vil de los reos; mas Jesus espiró; Jesus llegó al término que Él mismo habia prefijado; sus enemigos podrán estar abrasados aún contra Él y respirarán furor, pero ya no les es permitido tocar el santuario divino que ellos han profanado; manos puras, manos nobles, manos de príncipes serán las que se lleguen á la sagrada víctima para darla en muerte los honores que la impía Sinagoga le ha negado en vida; ya no la desgarrará el cruel sayon; ya no la manchará el feroz verdugo, porque Jesus es Dios, y si ha querido entregarse por su propia voluntad al tormento de la cruz, tambien quiere que, en espirando, se le tributen los homenajes divinos.

¿Quién no descubre en este paso la divinidad de la víctima que aún está clavada en el madero? Un discípulo, oculto por miedo de los judíos, no teme declararse despues de haber visto morir á su Maestro: un senador, entre los principales de Jerusalem, no tiembla presentarse á Pilatos y pedirle que se le entregue el cadáver de aquel Jesus que el mismo Pilatos ha condenado como á un facineroso: los honores que va á tributar á los funerales de

Jesus, en union del príncipe Nicodemus, son una acusacion positiva de la injusticia del juez, son una reprehension severa contra los Pontífices y sábios de Jerusalem, y con todo piden que Jesus sea bajado de la cruz con más aparato que el que pudiera emplearse en embalsamar los cuerpos de los Reyes amados y adorados de sus pueblos; piden que sea conducido al sepulcro y sea inhumado con la solemnidad más grandiosa. ¡Ah! Yo no puedo ménos de admirar aquí la mano invisible del cielo: Jesucristo se ha mostrado Dios en sus ignominias y se muestra Dios en su entierro; y así es, amados míos: el alma pudo separarse del cuerpo de Jesus, mas nunca pudo separarse de Él la divinidad; el cadáver de Jesus, aunque exánime y desgarrado, aunque no tiene en sus venas una gota de sangre, tiene, por decirlo así, una animacion especial estando unido á la persona divina. Con las luces que la fé derrama en este dogma, examinemos el modo con que Jesus es bajado de la cruz y conducido al sepulcro, para que sepamos que apenas ha muerto ha empezado á triunfar y reinar como Dios. *Dominus regnavit.*

¡Oh víctima adorable, que pendes de ese madero! Nuestros corazones están partidos por el dolor que nos causa tu vista lastimosa; dános un verdadero dolor por las ofensas que contra tí hemos cometido; sean nuestros ojos dos fuentes de agua que limpien nuestras almas de toda mancha, al paso que lloramos tu muerte ignominiosa; y para ello, postrados junto á esa Madre traspasada de dolor, te adoramos con reverencia y te saludamos: *O Cruz! Ave spes unica.*

Hay en la carrera vital del hombre un momento en el cual se compendia toda su vida, por larga que haya sido; la muerte: sí, la muerte es la expresion y retrato de lo que fué la vida; es cruel, espantosa y desesperada en el malo, como dice David; es dulce, apacible y deleitable para el justo, afirma el mismo Profeta; la corrupcion,

que fué compañera inseparable del malo en la vida, acompañá á sus restos hasta el sepulcro; las virtudes que practicó el justo forman su epitafio y encubren sus restos, y los embellecen más que los cincelados mármoles y los dorados relieves que inventó la vanidad para esculpir en ellos la nobleza de las inanimadas cenizas. No necesitamos de la historia para saber esta verdad; cada día nos lo enseña la experiencia; cuando la justicia terrena condena al asesino á morir á manos del verdugo, aunque el sensible corazón del hombre se conmueva al ver su sangre derramada en el cadalso, no puede ménos de execrar los crímenes del reo, y por una consecuencia necesaria, se alegra de que la autoridad judicial haya extinguido á un malvado, cuyos aceros cortáran la vida á sus hermanos: horror causa el perverso en sus iniquidades, horror en el patíbulo, horror en la muerte, horror en el sepulcro; su memoria es un espectro que aterra; su tumba es un lugar de maldición, por donde no osa pasar el vulgo; el verdugo solo lo condujo al palo, y el verdugo solo lo arranca de él; nadie, por pobre que sea, se acercará al cadáver ni le pondrá la mano para no imprimir eterna infamia en su sangre, animada de nobleza, aunque pobres paños le cubran.

Jesús ha muerto como un hombre de esta esfera; ha sido aprehendido con tropas del imperio romano; ha sido conducido al Concilio de Jerusalem y al tribunal de Pilatos; allí ha sido condenado como un enemigo del templo y de Moisés, como un blasfemo é infractor de la ley; aquí lo han sentenciado á morir como á un sedicioso, perturbador y enemigo del imperio. ¡Cuántos crímenes! Por perturbador y asesino estaba condenado á muerte Barrabás: por sus maldades son llevados al suplicio con Jesús dos ladrones, y mueren á su lado. ¿Quién se atreverá á tocar sus cadáveres sin quedar manchado para muchos días? ¿Quién osará quitarlos del patíbulo sin te-

ner que purificarse con el agua lustral, so pena de ser borrado del número de los hijos de Israel? Tres son las víctimas pendientes en la cima del Calvario; Jesús tiene á su lado á dos ladrones famosos; para que acaben cuanto ántes su vida es preciso dividirles las piernas; pero Jesús murió, y nadie de los verdugos se llega á Él. ¿Qué mutación tan grande ha sucedido en los enemigos de Jesús? ¿Se ha concluido el furor con que han pedido su condenación? ¡Ah! No, amados míos; Jesús es odiado y anatematizado, no sólo cuando está sin vida en la Cruz, sino cuando está encerrado en el sepulcro; mas no ódian tanto los enemigos de Jesús su cuerpo como su persona; detestan las verdades que enseña, abominan la doctrina que publica; su execración es contra la divinidad, y ¿qué puede el hombre contra Dios? Diez y ocho siglos há que el ódio de los judíos se manifestó contra Jesús, y este ódio ha sido transmitido con la sangre á los malhadados descendientes de aquel pueblo antiguo; otro tanto tiempo cuenta la aversion que han tenido á Jesús los sectarios del error; concibieron este aborrecimiento á Jesús los herejes cuando el Cristianismo estaba en su cuna, y lo han dejado en testamento á todos los siglos; cada cuál ha tenido sus herejes; cada cuál ha perseguido á Jesús, y nuestro siglo más que todos lo persigue y aborrece sus máximas, porque éstas condenan su avaricia, su lujuria, su impiedad é indiferencia; pero no han prevalecido contra Jesús tantos enemigos; mil banderas han sido arboladas contra el estandarte de la Cruz; mil altares se han erigido para demoler el altar del Calvario, y sin embargo el estandarte de Jesús es tremolado con majestad y gloria, y su altar divino tiene aún intactos sus ángulos y su ara, y nadie ha podido demoler la piedra angular que lo compone y sostiene. Jesús ha querido morir como Dios para expiar con los méritos de su sangre divina las culpas del hombre; entregó sus mejillas á

los denuestos, su cuerpo á los azotes, sus manos y piés á los clavos; su sangre ha sido derramada con tanta generosidad, que no le resta ni una gota: Jesus dió su alma, y al morir la entregó en manos del Padre. ¿Intentais acaso nuevos ultrajes; oh hombres enemigos de Jesus! ¿Quereis poner vuestras manos en Él? Guardaos bien de ejecutar otras atrocidades, porque perecereis; Dios no os lo permite, porque ya triunfó del demonio y de la muerte; ya se llegó el momento profetizado por Isaías, momento en que la muerte sería precipitada para siempre; momento en que borraría Dios en toda la tierra el oprobio universal del hombre esclavo hasta entónces de Satanás; hasta este momento la muerte heria al hombre, y tenía facultad para herir al Hombre-Dios; mas desde este momento «la muerte es la vulnerada, el demonio es el cautivo, el infierno es el derrotado,» y sólo Dios es el que triunfa; hasta este momento, el fariseo ha podido afeár el cuerpo divino, el sayon ha podido desgarrarlo y crucificarlo, porque Dios se ha entregado á la muerte; pero desde ahora una mano omnipotente lo protege y conserva; la muerte ha sido ignominiosa, mas su entierro y su sepulcro serán con gloria: *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.*

En efecto, amados míos; es digno de notarse el lenguaje que emplean los escritores sagrados al describir las cualidades de los personajes cuyas manos se emplearon en bajar de la Cruz el cuerpo del Redentor, en amortajarlo y conducirlo al sepulcro. Jesus, que habia huido siempre el fausto de los mundanos; Jesus, que con su ejemplo condenaba la ostentacion, no anda despues de muerto sino entre manos de hombres nobles y ricos; José y Nicodemus son los que piden su cuerpo; José y Nicodemus lo desclavan y lo colocan en el sepulcro. ¿Y quiénes son estos hombres? El uno es un varon noble y rico, senador de Jerusalem, hombre tan opulento, que ha-

bia construido para sí un suntuoso mausoleo de ricos y preciosos mármoles; el otro es un principe de los más nobles de la casa de Judá, hombre de vasta erudicion, gran sábio, gran filósofo, pues deseando profundizar con acierto los admirables consejos de la Sabiduría eterna, se habia avocado anteriormente con el Salvador, y confabulado con Él sobre los misterios más elevados del Cristianismo. «No es escogido, dice el Crisóstomo, para este ministerio un hombre innoble ó desconocido, sino un consejero, y uno de los más insignes; un hombre de una constancia admirable y de un heroismo atlético, que se expone por amor de Jesus á perder sus riquezas, y aún su vida; éste pide su cuerpo, éste lo sepulta.» Preciso era que estos dos hombres estuviesen adornados de las más relevantes cualidades; preciso era que fuesen varones justos, como llama San Lucas á José, para que con «reverencia y temor recibiesen en sus brazos, como afirma San Epifanio, al que es asistido de los querubines.» Tales son José y Nicodemus.

No he dicho nada aún, hermanos míos; hay en esta escena otro personaje, cuya nobleza sube hasta David, hasta Abraham y hasta los primeros patriarcas del mundo, cuyas virtudes la encumbran hasta las estrellas, y cuya dignidad la eleva sobre todos los nobilísimos espíritus del cielo; porque, ¿quién es el móvil de todos los obsequios que se hacen al cuerpo difunto de Jesus? ¿Quién anima á los dos discípulos, ántes tímidos y ocultos por miedo de los judíos? ¿Quién los anima, repito, para que se manifiesten, para que se avisten con el presidente, y con fuerza y ánimo pidan el tesoro desconocido de los judíos, azotado y muerto con tanta crueldad? ¡Ah! María, sí, la heróica y constante Madre que ha estado junto á la Cruz de su Hijo, es quien procura que su Hijo sea bajado de ella, y sepultado con los honores debidos á la Divinidad; «ella se llega á José, y le suplica que le conceda la gra-

cia de presentarse animoso al magistrado romano, para que le conceda el cuerpo del Maestro de todos.» María es la luz que los alumbra y vivifica; José, Nicodemus, el discípulo amado, Santiago, Pedro, todos aman á Jesus, todos lloran su muerte, mas ¡ay! la gran dispersion que han sufrido, su cobardía y su fuga los tiene como avergonzados; los tormentos é ignominias del Pastor han caido sobre ellos, y han helado su antiguo fervor; su amor se halla reconcentrado y encubierto con los rigores de la gran tribulacion, así como el rubicundo fruto de la granada se halla oculto entre toscas cortezas; pero llegó el momento favorable en que un nuevo calor deba romper esta cáscara para que aparezca el fruto con toda su hermosura; porque tal es el amor, amados míos; por oculto que esté, se descubre en la ocasion favorable, y se manifiesta con expansion de la cual no puede retroceder; María no ignora que sus tormentos y dolor van á aumentarse con esta escena; al bajar á su Hijo del madero, van á acometerla las angustias con más fiereza que la hinchada ola del mar inunda la playa de donde se ha separado por los impetuosos vientos; deshacer la obra de iniquidad perpetrada por los judíos, es para ella un renuevo de tormentos en su alma; mas no importa: aunque le cueste espirar al lado de la víctima, la víctima ha de ser honrada como Dios.

Pero no nos detengamos más; subamos ya al teatro de la Pasion, y examinemos lo que hacen los discípulos amorosos de Jesus; examinemos el estado de la víctima. ¡Ay! ¿Cómo encuentran á su Maestro? Lo miran, y no lo conocen: su divina cabeza no tiene aquella hermosura que los encantaba; sus ojos cubiertos se hallan con las sombras que la muerte ha delineado en los párpados; sus sienes aún conservan la corona ignominiosa y los canales de sangre que han corrido por ellas; su boca rasgada, sus mejillas hundidas, su pecho alzado, sus brazos desenca-

jados, sus piés horadados, sus manos aspadadas, todo Él cubierto de polvo, de sangre, de esputos y de llagas; pero al mismo tiempo que esta lastimosa figura se presenta á su vista y los consterna, enciende en ellos un volcan de amor; todos se postran al pié de la Cruz, todos vierten lágrimas de dolor, pero todos lo adoran. ¡Oh enemigos de Jesus! aún no habeis conseguido nada de vuestras pretensiones; queríais concluir con su existencia para que no creyesen las gentes en Él; queríais crucificarlo, para que la escuela de Jesus se olvidase entre las sombras de su muerte, y os habeis engañado; ahora empieza á resucitar el amortiguado fervor de los discípulos; ahora es cuando todos van á creer en Jesus; ahora es cuando los tímidos toman ánimo, y mejor que Anquises y los troyanos al acordarse del valor de sus abuelos, se robustecen y fortifican los discípulos de Jesus para morir por su amor divino, viendo que su Maestro les ha dado tan gran ejemplo de fortaleza.

Mas ¿qué lengua podrá explicar los tiernos sentimientos que excita en estos héroes la necesidad en que se hallan de tomar en sus manos los instrumentos de la crueldad? Martillos, tenazas, maromas, ¡ah! cuanto han empleado los judíos para crucificar á Jesus, otro tanto es necesario para desenclavarlo; por las escalas que subia el cruel sayon tiene que trepar el noble José de Arimatea; los martillos que manejaba el inhumano verdugo para taladrar aquellas manos, tienen que servir al príncipe Nicodemus para desenclavarlas; apenas se atreven á poner las escalas; el amor á Jesus los impele, el amor y el dolor los detiene á las veces, el honor á la divinidad los aterra. ¡Ah! Subid al cadalso, varones santos; tomad en vuestras manos los martillos; santificadlas más y más en la sangre de Jesus que por todas partes ha corrido; los sayones han sido los ministros de la crueldad, y vosotros lo sois de la misericordia; los verdugos han representa-

do á los demonios, y vosotros vais á representar á los serafines; y, en efecto, así era; estos hombres servian á Dios en la tierra como le sirven los ángeles en el cielo; éstos son su trono, y pasea sobre sus hombros y alas la majestuosa carroza de la Divinidad, y aquéllos emplean sus manos, sus brazos y espaldas en sostener el cuerpo divino en que estaba encerrado el esplendor del Padre y la figura de su sustancia.

Necesaria era ciertamente toda la constancia y valor de los ángeles para deshacer la obra consumada por la crueldad de los judíos. ¿Quién no temblaría al deber arrancar de la sagrada cabeza las punzantes espinas con que estaba coronada? ¿Qué valor no era necesario al ver que los brazos que sostienen el mundo caian exánimes despues de haberlos quitado de las escarpas, y que aquella hermosa cabellera no era sino un grumo de sangre congelada? ¿Qué pavor causaría á los discípulos al examinar los movimientos cadavéricos de aquel cuerpo santo! Su cabeza tan pronto se inclinaba sobre el pecho, tan pronto sobre los hombros, tan pronto sobre las espaldas. ¡Oh qué escena tan tierna y sorprendente! Subidos unos sobre los brazos de la Cruz y apostados otros en las escalas y el pedestal del patíbulo, ayudados de lienzos y fajas, empiezan á bajar el sagrado cuerpo difunto; llega á los brazos de su desconsolada Madre, y mil ósculos imprime en cada una de sus llagas; es extendido en tierra, y despues de abrazarse cada uno de aquellos nobles con su difunto Maestro, cien libras de preciosos timiamas son empleados en lavarlo y ungirlo. ¡Ah! Con razon dijera en su vida el Salvador que las águilas se juntan donde encuentran un cadáver. *Ubi cumque fuerit corpus, ibi congregabuntur et aquilæ.* Águilas son en la agilidad aquellos discípulos; águilas son, que han subido con velocidad al trono del Dios paciente, y han contemplado de hito en hito las hermosuras de un Dios humillado por el hom-

bre; y los espíritus soberanos, al contemplar este espectáculo, como se expresa San Epifanio, están atónitos, aterrados y confusos, y dicen entre sí que Dios hace con los hombres cosas que no ha hecho con ellos; porque ellos, si se atuviesen á sus fuerzas puramente naturales, no podrian allá en el cielo ver claramente la hermosura de Dios, y este mismo Dios es visto y tratado, manoseado y registrado impunemente por los mortales en la tierra. Eran, repito, las águilas del Cristianismo los que se hallaban reunidos alrededor del cuerpo santo de Jesus, porque no sólo se hallan la heróica Madre y los nobilísimos José y Nicodemus, sino el intrépido Pedro, el virginal Juan, Santiago, la Magdalena con otros, como afirma San Anselmo; los cuales, despues de la Resurreccion de su Maestro, volarian como águilas por toda la tierra y penetrarian en los desiertos y ciudades anunciando á todos la buena nueva del Evangelio y destruyendo las supersticiones de la idolatría.

Estos son los héroes que han bajado á Dios de la Cruz; éstos son los que han ungido su cadáver con preciosos unguentos; éstos los que en sus hombros lo han conducido al sepulcro. ¡Ah! ¿Qué diferencia hay entre el Monarca del cielo y los de la tierra! Pasan éstos su vida entre los esplendores que despide la grandeza; son honrados y temidos; mas, al bajar al sepulcro, ninguno, como decia un gran Rey, lleva á la tumba sus riquezas y su gloria. No así Jesus; entre los hombres apenas ha sido conocido; ha vivido entre ellos sin gloria ni ostentacion, como afirma Isaías; ha muerto de un modo afrentoso; pero al ser encerrado en la bóveda sepulcral se ha descubierto toda la gloria de su majestad divina. ¡Oh príncipes del mundo! Reunid para las pompas de vuestros funerales lucidos y numerosos ejércitos; congregad al lado de vuestro régio ataud á los demás príncipes y soberanos; llamad á vuestros grandes, á vuestros nobles feudales,